

OBITUARIO

SEMBLANZA DE JORGE SILVA

En el mes de Diciembre de 1998 falleció en forma brusca Jorge Silva Olivares. Jorge era socio fundador de la Sociedad Chilena de Arqueología y formaba parte de ese grupo de entusiastas sin preparación académica en ciencias antropológicas y pertenecientes a diversas profesiones u oficios que en la década del '50, en grupo o en forma aislada, decidieron dedicar parte de su actividad al estudio y práctica de la arqueología. Ellos, junto a los integrantes del Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Chile de reciente creación en esa época, dieron un impulso a esta práctica científica, que perdura hasta estos días.

No es mi propósito con estas líneas intentar una biografía de su persona, tarea que requiere de alguien más idóneo que haya mantenido un contacto más estrecho con él durante estos últimos años. Más bien quisiera recrear una serie de vivencias de hechos ocurridos hace más de veinte años que afloran en mi mente con su recuerdo. Diversas circunstancias durante la primera mitad de la década del '60 imprimieron rumbos diferentes en nuestro quehacer arqueológico, aunque siempre mantuvimos una estrecha amistad por alejados que fueran nuestros encuentros.

Conocí a Jorge por intermedio de un médico, hermano suyo, poco tiempo después que egresamos de la Universidad. En ese entonces, Jorge pertenecía a la Sociedad Arqueológica Francisco Fonck de Viña del Mar presidida por el recordado Dr. Roberto Gajardo Tobar. Jorge había organizado en el seno de la Sociedad un grupo de amigos o cultores de la arqueología, denominado, con cierta pretensión: Instituto de Investigaciones Arqueológicas, cuya única condición de ingreso era el renuncio al coleccionismo. Jorge junto a Julio Montané, que aportaba los conceptos teóricos, eran los motores de este instituto. Integraban además este grupo heterogéneo, entre otros: Alfredo Valenzuela, arquitecto; Fernando Iguait, abogado; Boris Nicolet, profesor de dibujo y apasionado montañista; Marta Rueda, propietaria de una librería.

La Sociedad disponía de un valioso Museo cobijado en unas dependencias del Museo de Bellas Artes de la Quinta Vergara. Eran años previos a los famosos festivales de la canción y su vasto parque constituía un verdadero santuario de la naturaleza en plena ciudad y un inagotable proveedor de los insectarios de la mayoría de los escolares viñamarinos. Con posterioridad ese museo sufrió una serie de traslados hasta terminar en el Palacio Rioja. Por varios años se realizaron reuniones sabatinas con seminarios sobre diferentes tópicos relacionados con la arqueología o charlas dictadas por invitados, entre ellos el Padre Le Paige, cuando era un desconocido fuera de San Pedro, Osvaldo Menghin, William Mulloy, entre otros.

El otro lugar de encuentro en esos primeros años era el domicilio de Jorge, una enorme casona de varios pisos en el barrio de Chorillos, con sótano incluido y habilitado como bar Del Pirata y lugar de memorables fiestas de disfraces. El "clan Silva" era presidido por su padre, profesor que, además de culto, era muy hospitalario y siempre pronto a un comentario ingenioso cuando se presentaba la oportunidad.

El estudio y taller de Jorge ocupaba el último piso y en dicho lugar experimenté las primeras "emociones arqueológicas": recuerdo una vez que estábamos con Jorge y Julio limpiando unos conglomerados de tierra que incluían los esqueletos de inhumaciones excavadas con premura en un sitio en Papudo. En dicho lugar se estaban realizando los heridos para varias casas y nos habían dado permiso para estudiarlo solamente un fin de semana. Por mis mayores conocimientos anatómicos me habían otorgado un bloque que incluía un cráneo y lo estaba limpiando con un instrumento dental cuando frente a la cara apareció

una punta de dardo finamente tallada. La alegría fue general por cuanto en las excavaciones no habían aparecido artefactos formatizados, pero alcanzó su clímax cuando momentos después recuperamos otra punta de dardo semejante.

Con Jorge recorrimos parte del litoral central y por él aprendí a reconocer los conchales y otros yacimientos arqueológicos: en Laguna Verde, Apostadero Naval de Las Salinas, Con-Con, el Bato, las extensas dunas de Ritoque y Ventanas. El litoral al sur de Laguna Verde y de Horcones hacia el norte era "territorio" del Centro de la Universidad de Chile. En Ventanas excavamos el sitio Alacranes, así designado por los alacranes que aparecían todas las mañanas bajo los sacos de dormir atraídos por el calor del cuerpo.

Años después lo acompañé hacia el interior, con extensos recorridos de reconocimiento en Las Chilcas, Cajón de Lo Valle, Montenegro, Huechún, Rotal y Cuesta de Chacabuco, y también más hacia el norte, al valle de Petorca.

Los esfuerzos de varios años de investigaciones de Jorge y de Julio recibieron un justo reconocimiento, cuando en 1963, durante el 2º Congreso Internacional de Arqueología Chilena en San Pedro de Atacama se le encomendó la realización del 3º Congreso para el año siguiente. Esta reunión científica con Jorge Silva como Secretario General, estuvo muy bien organizada y fue todo un éxito de asistencia. Es de recordar que en esa reunión se realizó la Asamblea Constituyente de la futura Sociedad Chilena de Arqueología.

Sus andanzas lo llevaron también hacia el sur, y un verano fui a visitarlo por algunos días en las excavaciones de restos de mastodontes que estaba realizando en Nochaco, cerca de Osorno. Recuerdo una excavación muy limpia en la cual todos los hallazgos se fijaban en planta con una grilla y se harneaba todo el material excavado. Durante mi permanencia no se demostró asociación con actividad humana. Toda esta documentación, acompañada con abundante material gráfico, fue facilitada años después a Rodolfo Casamiquela para su revisión de los mastodontes de Chile.

Pero no solamente la región Central atraía el interés de Jorge. Creo que su verdadera pasión era la prehistoria de la Isla de Pascua, sobre la cual había reunido una extensa documentación, Acompañó a Heyerdhal en su primer viaje a la isla y mantuvo amistad o correspondencia con la mayoría de los científicos nacionales y extranjeros interesados en ella.

Creo oportuno aquí formularle una crítica a su quehacer. El "pecado" de Jorge fue su reticencia a concretar por escrito el resultado de sus numerosas investigaciones además de sus ideas e hipótesis fruto de su vasta experiencia. La pérdida de todo este conocimiento ocurrida con su fallecimiento constituye un vacío importante en la arqueología chilena.

La vida consciente se nutre de la experiencia y de recuerdos, ambos conforman diferentes realidades. Recordar y olvidar son procesos permanentes y cotidianos Ahora Jorge ha perdido su realidad tangible, pero ha ingresado a la realidad de nuestro recuerdo.

Virgilio Schiappacasse F.